

Autor

Henry Moncrieff

# Juventud y violencia masculinizada en Caracas. ¿Un conflicto desterritorializado?

*Youth and masculinized violence in Caracas.  
A deterritorialised conflict?*

**Henry Moncrieff:** Antropólogo social de la Universidad Central de Venezuela Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

**Fecha de la última revisión del texto:** octubre de 2015

**Dirección de correo electrónico:** [henrymoncrieff@gmail.com](mailto:henrymoncrieff@gmail.com)

# Juventud y violencia masculinizada en Caracas. ¿Un conflicto desterritorializado?<sup>12</sup>

Henry Moncrieff

## Resumen

La conflictividad social de las ciudades en Venezuela es reconocida mundialmente. Caracas es la expresión más cruda de esta realidad. Los investigadores generalmente han asociado este contexto violento a las desigualdades, las fallas del Estado de derecho (impunidad judicial), la descomposición familiar y los impases comunitarios, entre otros. Sin desmentir estas explicaciones, puede apreciarse que la letalidad de la violencia afecta principalmente, según estadísticas oficiales, a los jóvenes varones de 15 a 30 años, perpetuadores como víctimas y victimarios de dichos ciclos homicidas. A partir de esta constitución empírica, se plantea que la racionalidad de la violencia en Caracas puede ser considerada como una organización masculina que expresa una ciudadanía dilacerada e incapaz de tejer otros vínculos con lo social. El estudio etnográfico en un centro de libertad asistida para jóvenes, y posteriormente en instalaciones deportivas donde transcurren para “reinsertarse” a la sociedad, pone en evidencia cómo las masculinidades juveniles pueden vincularse con las desigualdades y los mismos conflictos que componen la criminalidad de la ciudad.

Así, este estudio no es una explicación estructural, sino una comprensión de la codificación, del simbolismo y de la práctica masculina de la violencia entre lo local y lo global. Esto puede reconocerse como un camino no recorrido, un camino intermedio entre el varón tradicional territorial y el varón moderno desterritorializado, en el contexto de una mundialización de la violencia y como parte de los procesos de homogenización y exclusión acarreados por la globalización en la América Latina contemporánea.

**Palabras clave:** Violencia juvenil, masculinidad, globalización, desterritorialización, Caracas, Venezuela, culturalismo.

## Abstract

The social unrest of cities in Venezuela is worldwide recognized. Caracas is the crudest expression of this reality. Researchers have generally associated this violent context to the inequalities, the failures of rules of law (judicial impunity), the family breakdown and the community impasses, among others. Without belaying these explanations, it can be seen that the lethality of violence mostly affects, according to official statistics, young men between 15 and 30 years old, perpetuating as victims and perpetrators of those homicide cycles. From this empirical constitution, it pose that the rationality of violence in Caracas can be regarded as a male organization that express a dilacerated citizenship, incapable to weave links with the social. The ethnographic study on a probation center for young people, and later in sports facilities where they elapse to be “reinserted” in the society, highlights how youth masculinities can be linked to inequalities and the same conflicts that make up criminality on the city.

Thus, this study is not a structural explanation, but an understanding of codification, of symbolism and of the male practice of violence between the local and the global. This can be recognized as a road not traveled, a middle way between the traditional territorial man and modern man deterritorialized, in the context of globalization of violence and as part of the process of homogenization and exclusion hauled by globalization in the contemporary Latin America.

**Key words:** Youth violence, masculinity, globalization, deterritorialization, Caracas, Venezuela, culturalism.

## El problema: los varones en la Caracas violenta

Caracas es una ciudad latinoamericana marcada por la letalidad de su violencia. La elevada tasa de homicidios (134 por cada 100.000 habitantes) la ubican como la segunda ciudad más violenta del mundo según el informe del año 2014 de la organización mexicana *Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal*. Por otro lado, en la última *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de la Seguridad Ciudadana* (INE, 2010), se destaca que la mayoría de los homicidios de la ciudad son con armas de fuego (81%). Dicha violencia armada y sin contexto bélico comprende altos riesgos de morir y una perenne sensación de angustia para los varones entre 15-30 años que habitan en los sectores desfavorecidos de las ciudades venezolanas. Esto permite caracterizar el fenómeno la violencia civil en Venezuela como urbana, juvenil y masculina.

La violencia social en Venezuela no es la misma que acontece en otros países de la región, como la guerra entre pandillas en Centroamérica, la fuerza de los carteles de la droga en México o el control por la venta de droga en las favelas de Brasil, tampoco tiene asociación directa con movimientos subversivos y guerras civiles

como como en Colombia. En el caso venezolano, la violencia es una forma relacional, una manera de resolver o dirimir diferencias sociales y personales dentro de un Estado que no garantiza la justicia (Briceno-León, R. et al 2009). Este tipo de violencia interpersonal ha generado reacciones en las ciencias sociales al intentar explicar la situación. Las teorías desarrolladas han apuntado a explicaciones estructurales, económicas e históricas, pero la dimensión de género ha sido relativamente poco estudiada. Un reconocido experto venezolano menciona:

“No existen muchos estudios que realicen un abordaje de género de la violencia, y realmente debería considerarse la variable de género en una dimensión mucho más amplia. La mayoría de los estudios que existen son propiamente investigaciones de violencia contra la mujer. Este es un aspecto importante, pero nosotros queremos destacar la importancia de un factor que nos parece descuidado y es la cultura de la masculinidad, que debe entenderse como un factor en la dimensión de género de las relaciones sociales y las maneras de resolver los conflictos” (Briceno-León, 2007: 80-81).

---

1 Una versión más extensa de este artículo fue presentada oralmente con el nombre “Masculinidad y conflicto homosocial en Caracas” (Paris, 5 de diciembre de 2014), *Journée d'études: Les identités au Venezuela. Compositions, décompositions et recompositions dans une perspective interdisciplinaire*, Groupe d'Etudes Interdisciplinaire sur le Venezuela (GEIVEN), l'Ambassade de France au Venezuela, de l'Institut des Amériques, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine.

2 Este texto forma parte de un conjunto de reflexiones sobre la violencia en Venezuela entre los años 2013-2015 en la que participaron los sociólogos Fernando Blanco (*Universidad Central de Venezuela*), Andrés Zambrano (*Centre d'études sociologiques et politiques Raymond-Aron*), María Virginia Castellanos (*Universidad Católica Andrés Bello*) y Lewis Pernía (*Universidad Católica Andrés Bello*), todos investigadores adscritos al *Centro de Investigación Social CISOR* (Caracas, Venezuela). Agradecemos además la asesoría conceptual de la investigadora Dra. Verónica Zubillaga (*Universidad Simón Bolívar*).

En esta dimensión de género un dato esclarecedor es que el 50% de los varones víctimas de homicidio mantenía vínculos personales o conocía a su victimario también varón (Gabaldón, 2008). Dicha ultimación de las relaciones entre conocidos tiene por código la emocionalidad fálica. Una institución cultural, mejor conocida como *culebra*, describe tal relación afectiva entre víctima y victimario como una forma de construir masculinidades desde la extrema desconfianza y la pugnacidad mortal.

*Culebra* es una trama que vincula a varones en oposición que comparten una masculinidad preocupada por la obtención de respeto. La constituye un régimen de intercambio, iniciado por una ofensa y regido por el antagonismo entre varones —el *nosotros* y el *ellos*— cuyo resultado extremo es la muerte. Se usa el término *régimen* porque este implica una serie de actos de agresión gobernados por reglas definidas que vinculan a los varones. La *culebra*, al estar asociada con una ofensa, además de tener carácter moral innegable, necesita una respuesta so pena de la degradación insostenible del que la recibe (Zubillaga, 2008, pg. 185).

Dicha expresión de letalidad entre varones es agenciada, además, por los contextos sociales, sobre todo, en dos procesos simultáneos: la oportunidad de agredir impunemente y la incapacidad de normar estas conductas a nivel institucional (Briceño León, 2002). La crisis societal en Venezuela se refleja, en concreto, en el deterioro de la policía y el sistema judicial, un contexto de orfandad institucional donde los varones toman la justicia por su propia cuenta. ¿Pero cómo fun-

ciona el control de los intercambios masculinos en esta crisis de sociedad? La idea del honor investigada por Pitt-Rivers (1979) en las sociedades latinas del Mediterráneo puede ser buen punto de partida. Este concepto indica la preocupación que dan las personas por el valor que tienen sus acciones y por el juicio que tendrán los otros de las mismas.

*El hombre con honor* adquiere y se adhiere a una posición (quien la posee, la cuida y la demuestra; quien no, la desea y la envidia) en la cual no puede ser juzgado o retado, ni él, ni los suyos, ni su estirpe. No obstante, *el hombre de respeto* le interesa defender y reivindicar el honor individual como sujeto autónomo en el terreno político y social. Vidal (1999) demostró, en una investigación sobre una favela de Recife (Brasil), que el respeto es una categoría moral que se alista en dos disposiciones culturales; primeramente una disposición tradicional, puesto que utiliza la deferencia honorable de las sociedades jerarquizadas; pero también es una disposición moderna, puesto que sugiere libertades e igualdades como derechos legítimos de convivencia social.

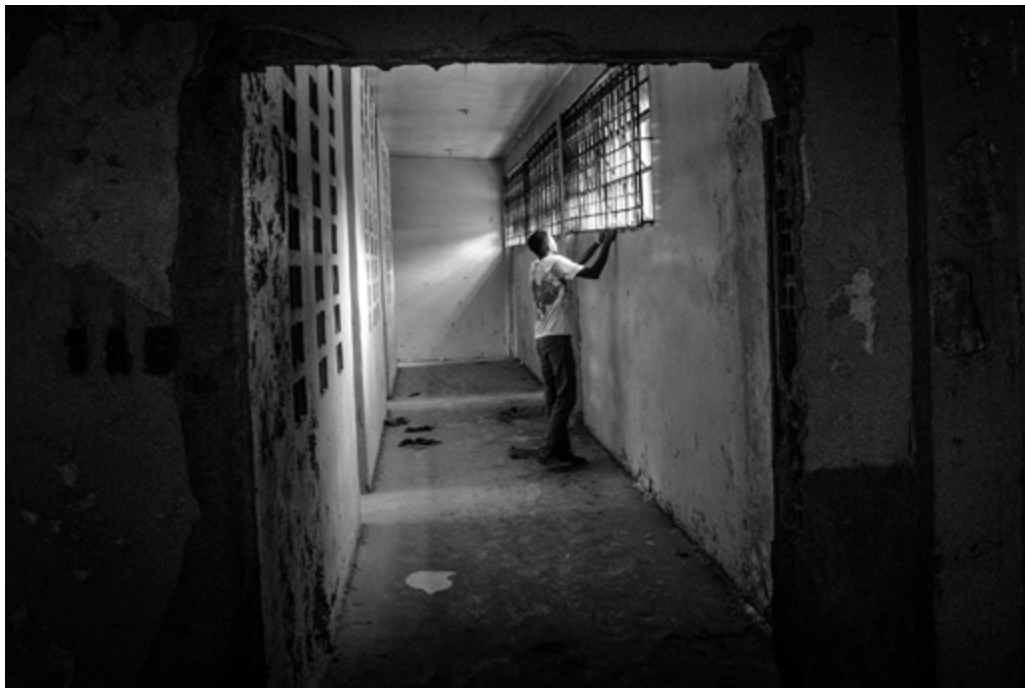
Ciertas investigaciones han asociado la violencia de la capital venezolana (Caracas) con lógicas de respeto masculino vinculadas a contextos de exclusión social (Moreno, 2011; Zubillaga, 2007). En estos estudios, la masculinidad esta comprendida como una relación *entre hombres* (*culebra*, por ejemplo), dando un peso considerable a la presentación viril socializada en la violencia. ¿Pero cual es la razón para que los hombres se expongan a esto? La investigación presente vendría a explorar dicha pregunta concibiendo al *hombre-como-hombre* (Godelier, 1986). Es decir, la experiencia subjetiva *en y desde* la violencia y la masculinidad, su racionalidad, su estrategia y su condición moral dentro del contexto venezolano.

## Diseño de la investigación

La investigación procuró una lógica inductiva donde se considera una teoría fundamentada (*grounded theory*) en el examen de casos empíricos (Glaser y Strauss, 1967). El punto de partida ha sido el involucramiento del autor en una etnografía de la violencia varón-varón en la ciudad de Caracas entre los años 2011-2014 (un ejemplo en Moncrieff, 2014b). En un nuevo trabajo de campo entre enero y junio del año 2014, se contempló la interacción con dos poblaciones masculinas que constituyeron una unidad de análisis, en primer lugar, un grupo de 46 jóvenes (entre 16 y 22 años) de vida violenta que acudían a un centro de libertad condicional y, en segundo lugar, un grupo control de 10 adultos (entre 28 y 35 años) con historial delincuente juvenil y que fueron localizados en los gimnasios callejeros de la ciudad.

Desde el discurso etnográfico y relatos textuales de los sujetos se visualizan las posibilidades y limitaciones sociológicas de esta masculinidad. De allí que en la redacción se inserten algunas transcripciones textuales de lo verbalizado significativo dentro de un contexto de interpretación teórica (Agar, 1980) del aspecto masculino de la violencia. Por otro lado, la socialización del investigador en las dos unidades de análisis ya mencionadas, permitió un posicionamiento comprensivo de las lógicas de solidaridad y competencia entre hombres y una estructura de violencia con código masculino (Moncrieff, 2014b). Dichas vivencias de masculinidad en la violencia, aunque perceptibles sólo a nivel individual, se producen a través de las diferentes lógicas que albergan los escenarios de la vida social; así, el objetivo fue analizar como el varón “experimenta” el mundo a través del esfuerzo subjetivo de dar sentido a vivencias cada vez más heterogéneas (Dubet, 1994).

18



*Buscando una salida* de Henry Moncrieff (2014a).

En el marco del trabajo de campo, esta fotografía fue realizada en enero de 2014 dentro del centro de libertad condicional. El momento de la toma refleja la angustia y desesperación de un joven viendo por la ventana y su necesidad por salir a la calle. Con sensación inestable en una entrevista enfatizó el “sin sentido” de su vida, siendo que se ve acosado por la interminable violencia de parte de otros jóvenes en su barrio.

Fuente: Archivo fotográfico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

Este material empírico es asociado con una compilación de artículos de prensa escrita de los años 2013-2014 y material audiovisual (video, fotografías, música) que ilustran el conflicto entre varones y la violencia social en Caracas. Dichos materiales fueron procesados y relacionados cualitativamente con la ayuda del software computacional *Atlas.ti* en su versión 6.2. Se hace la salvedad de que los nombres utilizados son ficticios para proteger la identidad de los informantes.

### **La organización social de la masculinidad en las tramas de violencia**

Desde un punto de vista transcultural, cualquier alegoría a la masculinidad del varón -en su sentido más tradicional- apunta a la alta valoración social que un sistema de género da al *progenitor* de hijos, al acto de *proveer* la manutención económica del hogar y a la consideración de *proteger* a los suyos (Gilmore, 1990). No obstante, debe reconocerse haciendo alusión a García Canclini (2004) que la hombría es una relación de gé-

nero inscrita en dinámicas culturales y lógicas sociales ambiguas y contradictorias que permutan entre lo global, lo local, lo tradicional, lo moderno. Así también, definir la masculinidad solo desde algún polo o ámbito social sería un reduccionismo. Hoy día, las categorías de género se encuentran transversalizadas y fragmentadas en un complejo proceso social donde deben ajustarse las subjetividades, haciéndolas correspondientes con imágenes locales de la modernidad y de la globalidad. Esto es inherente a una representación de lo masculino, la cual también presupone arreglos sociales de orden económico, político y cultural, situación enmarcada además en un contexto histórico (Brickell, 1986)<sup>3</sup>.

Puede entenderse que la organización de la masculinidad no cumple un paradigma homogéneo. De hecho es posible subrayar estructuras de legitimidad en lo varonil, las cuales subordinan o marginan otras maneras alternativas de *ser* o *hacerse* hombre. Connell (1987) ha aplicado la noción de hegemonía de Gramsci para considerar modelos masculinos ideales o deseados, a partir de los cuales se jerarquizan otras masculinidades, normalmente subalternas según el grado de aceptación que disfruten en una colectividad.

---

3 Sería importante precisar la globalización de esquemas de masculinidad en Occidente, por lo cual, existen imágenes históricas y mundializadas desde donde se socializa la hombría y las relaciones de género orientadas en lo masculino (Connell, 2009; Valdés, 2009). La representación dominante e histórica de dicha mundialización es el hombre de negocios, con sus particulares rasgos de autoridad, capacidad de movilizar asuntos, capacidad de mando, celebrado en medios de comunicación y de reconocimiento instantáneo. Para Connell (2009), los hombres de cualquier sociedad con conexiones transnacionales, deben negociar su proximidad con este modelo varonil en la circunvalación global de imágenes masculinas.



*Caracas, la sucursal del cielo* de Lourdes Basoli (2010)

En estas fotografías de Lourdes Basoli puede verse la estética visual de la violencia letal que se apodera de la ciudad capital venezolana. La *culebra* cuando termina en homicidio, implica una parálisis comunitaria, una reacción indignada y vengativa de los camaradas, el dolor de una esposa. Las emociones consecutivas de la violencia sirven de puente comunicativo para reflexionar sobre una ciudad que tiene “el cielo” como expectativa para muchos de sus varones.

Fuente: <http://lurdesbasoli.com/>

La trama subjetiva de la masculinidad caraqueña, que además de tradicional y moderna, se circunscribe socialmente en la globalidad. Se diría, pues, que la *masculinidad hegemónica* (término acuñado por Connell, 1987) en una ciudad como Caracas está definida por la capacidad de controlar el entorno de manera tradicional, moderna y global a la vez; el hombre a través del dinero y la capacidad de administrar la violencia se posiciona como individuo admirable, proveedor y protector, posiciones apreciadas como ideales en la Caracas con una economía inestable pero altamente consumista, con grandes diferencias sociales propias del rentismo petrolero, con un debilitamiento del Estado y de los derechos sociales que este supone (vivienda, educación, empleo, salud), con un culto a la imagen que glorifica la ostentación de bienes, sin instituciones que garanticen la paz y la justicia, sin medios formales para construir civilidad y con una proliferación palpable de la ilegalidad como escenario cotidiano (Briceño-León, 2002; Zubillaga, 2007).

Pero están los varones que no son valorados dentro de ese sistema de género hegemónico. Por lo que el desprecio económico, político y cultural es un marco de acción donde la subjetividad es vulnerada en su propia aceptación (Dubet, 1987). Esta situación describe y es una característica común de muchos grupos de jóvenes excluidos de Caracas, con frecuencia ubicados en las zonas populares de la ciudad, mejor conocidos como *barrios*.

...a mí no me importa cuánto [dinero] tenga ese tipo, *lo que yo quiero es que me respete*; no va a venir a echarme todas sus vainas encima, ni pisarme [...], ni nada de esa güebonada. ¡Le puedo dar es una *coñaza* [golpiza] para que *coja mínimo* [delimitar la posición del otro] ese *güebon* [mequetrefe]! Que vaina es esa de que siempre quieran someterlo a uno por todo lo

que tienen y uno se queda ahí como un *bolsa* [tonto], yo soy es mala conducta, ya diré yo que lo puedo poner a llorar igualito con toda su mierda, porque no sabe que aquí manda es *él más duro, él que tal* y no importa una mierda de donde venga él, ni su flux, ni un *coño e'madre*

(Simón / 28 años / trabajador informal (mototaxista))

El modelo de hombría del joven Simón está focalizado en “hacerse respetar” como necesidad relacional porque su *praxis de lo masculino* está amenazada por las circunstancias de existencia social (Bourgois, 2010), ó sea, la respetabilidad como acto de (re)construcción de una identidad masculina cuando esta peligra con “desvanecerse” (fragilizada) en contextos adversos para su autenticidad en lo local, lo tradicional, lo moderno y lo global.

### **El conflicto de las masculinidades. hegemonias adultas y subalternidades juveniles**

En la cultura juvenil es interesante considerar las construcciones sociales en búsqueda de defender ámbitos y enclaves simbólicos con respecto a los adultos y la perdurabilidad de esta diferencia como identidad temporal (Valenzuela, 2002). Así pues, en la juventud la violencia podría ser excesiva y defensiva, mientras en la adultez empieza a perder ese carácter y comienza a administrarse racionalmente para los momentos necesarios (Castillo, 1997; Santon, 1999). Así, en los varones jóvenes con los que hemos mantenido convivencia etnográfica, las conversaciones giran en torno a proezas sexuales y promiscuidad, peleas callejeras y pugnas con otros varones y anécdotas delictivas para demostrar un



culto a la valentía: “yo robé, yo tiré (relaciones sexuales con una mujer), yo maté porque me tocaba; eso es lo que me toca por ser hombre, me siento mal por todo eso pero así es la vida” (Alán | 19 años | en juicio por homicidio). La imaginación de Alan, al asumir violentamente un papel viril, indica una línea emocional donde se intenta avasallar lo social desde la masculinidad. Ese proceder penoso, choca de inmediato y se inscribe en una lucha contra la masculinidad hegemónica, aquella que detentan aquellos con éxito material en la ciudad de Caracas, los pocos considerados “honorables” o “intachables”, los mismos que, en palabras de uno de los entrevistados: “todo lo hacen con su dinero: familia, amantes, camioneta, casa —aquí, en la playa, en Miami, ¡ah! y dólares... (Continúa)” y no necesitan legitimar su hombría mediante lógicas de violencia o agresión física de los otros “(sigue)...toda esa mierda lo pueden, y para remate, se defienden sin utilizar un arma, sin pelear, sin el cuerpo, sin luchar por la vida” (Pedro | 31 años | entrenador físico).

Como sugiere Pedro, el marco globalizado ha sometido la sociabilidad caraqueña a nuevas presiones, produciendo nuevas homogenizaciones sociales, cuyos sistemas de integración, representan también nuevas exclusiones de la masculinidad, esta vez parametrizada desde experiencias de consumo e incorporación del varón global dentro de la idiosincrasia local. Un “hombre respetado” en Caracas maneja los códigos de una sociedad mediatizada y de consumo capitalista (Zubillaga y Briceño León, 2001). El escenario glorifica al hombre portador de signos de estatus social; expresiones caraqueñas tales como “¡la porta!” o “¡porta el estilo!” son comentarios atribuidos al varón poseedor de propiedades, vehículos de lujo, tecnologías costosas (móviles,

laptops, equipos de sonido), ropas de marcas reconocidas, etcétera. El sentido común masculino no se pregunta por la condición moral del individuo portador de estos objetos, sino que identifica el control y la dominación de la economía consumista y global en medio de un proyecto socialista como la *Revolución Bolivariana*.

El sentimiento de no cumplir con el ideal masculino, de proveedor y de protector, y con el estándar de la sociedad caraqueña, enfrasca a muchos varones jóvenes en lógicas de resistencia. Este joven preocupado por su virilidad, prepara un esquema contra el mundo, y, en el mismo proceso, concreta una *ética del guerrero* de intimidación a los otros. Dicha *ética* involucra una obsesión juvenil por la seguridad y la defensa personal propia de una época posmoderna (Bauman, 2001). Dicha *ética* tiene simbolismo a la hora de entender el constreñimiento cultural actual de ciertas experiencias masculinas. Así, el antagonismo entre varones es la expresión de una subjetividad contrariada, la visibilización de una violencia simbólica (Bourdieu y Passeron, 1980), donde la *ética del guerrero* estructuraría una agresión entre las masculinidades construidas y donde prevalece la ofensiva, el ejercicio de la fuerza, la imposición y la eliminación del otro.

Este circuito masculino ciego y autodestructivo engendra un *espiral de violencia* (Widow, 1989), un circuito interminable de desconfianzas y agresiones codificadas desde la identidad masculina y sus brechas de aprecio y menosprecio, cuya trama simbólica de selecciones y de exclusiones, manifiesta la lucha por control de un status de género hegemónico. Este circuito de violencias se construye, pues, desde una red de significados, jerarquías y estratificaciones de sentido que pueden ser interpretados como una cultura por los

actores sociales (Geertz, 1992). De esta forma, no puede “sectorizarse” la violencia como si se tratase de asuntos disimiles, la violencia de los varones de los sectores marginales de Caracas, con las violencias masculinas de las clases medias; asuntos que involucran de cierta manera una intersección entre género, clase y criminalidad (Messerschmidt, 1993). Desde este punto de vista, las conexiones e interacciones entre los diferentes sectores de la sociedad caraqueña, de hecho, conforman y llenan de sentido ciertos “odios sociales” entre varones hegemónicos y subalternos.

Estas tensiones en la hombría pretenden advertir las dimensiones culturales de la violencia varón-varón en Caracas. Esto es, el conjunto de relaciones que estructuran el antagonismo masculino como reproducción de la desigualdad y de la exclusión en esta ciudad latinoamericana. La idea de esta reflexión es que la hombría se organiza, sobre todo en la juventud excluida, en torno a tensiones políticas y económicas del espacio urbano, las cuales expresan, principalmente, la búsqueda del reconocimiento social, la postura defensiva ante el otro, la ostentación del éxito económico y la zozobra ante la retaliación o venganza.



Titulares de prensa sobre homicidios masculinos en Caracas

Fuente: Diarios *El Universal* y *Ultimas Noticias* de circulación en Caracas la primera semana de mayo de 2014.

Ante la mencionada complejidad, los jóvenes varones subvalorados, normalmente procedentes de las zonas populares de Caracas, desean verse reconocidos por una masculinidad hegemónica que niega su condición biológica y política desde su propia violencia. El antagonismo producido revelaría una subjetividad contrariada entre estas polaridades masculinas, una imaginación globalizada, prácticas de dominación no consientes y una subordinación producida por la misma violencia ejercida contra el otro: la mujer, otro hombre, la sociedad. Estas conductas, llenas de frustración ante la exclusiones locales y globales, constriñen la experiencia masculina en un espiral de agresiones y daños irreparables que terminan de desconectar y desarraigar los intercambios sociales del espacio urbano de Caracas.

### **La desterritorialización de la violencia urbana. el factor de la globalización**

En la Caracas socialista, como ciudad conectada con vínculos internacionales, se ha venido erigiendo una mundialización de los campos sociales y la consecuente conciencia mundial de los sujetos (Therborn, 2001). Es necesario recalcar que la globalización circunscribe la violencia y la masculinidad de la ciudad, dentro de nuevas desigualdades de vivencia o experimentación de las mismas. La influencia del fenómeno global estaría repercutiendo y reconstituyendo los aspectos sociales y personales del ciclo de la vida (Giddens, 2007). En este sentido, el fenómeno global ha desapegado lazos sociales, produciendo sentimientos como la desafiación y la dilaceración de las relaciones sociales (Castel, 1998).

La idea de la *desterritorialización de la violencia* permitiría ver lógicas de conflicto que van más allá de fenómenos comunitarios vinculados con la marginación social. La violencia urbana, por tanto, puede ser inscrita en un conflicto mayor y relativo a los mecanismos sociales que impiden la civilidad masculina de la Caracas socialista contemporánea. En efecto, la desterritorialización (en sentido antropológico) hace hincapié en la pérdida paulatina de referentes en las relaciones sociales, de la historia y de la memoria de un territorio. Dicho fenómeno manifiesta un desasosiego en las masculinidades juveniles excluidas, una amnesia con respecto al entorno social y una trasgresión normativa de la civilidad.

En García Canclini (1999) se describe como la desterritorialización puede emerger del auge de una economía globalizada y la incorporación de los medios de comunicación en la transmisión de mensajes de contenido consumistas, los cuales, de hecho, son muy populares en la construcción de culturas juveniles que adoptan y actualizan ciertos estereotipos globales más allá de las historias locales y arraigos sociales. Esto corresponde con una fuerte tensión con respecto al nacionalismo impulsado por la Revolución Bolivariana. Es decir, el culto a la hombría violenta y subalterna se inscribe en un proceso que descontextualiza y vuelve virtual el mapa de relaciones sociales de los varones en el entorno socialista. Es así que en el famoso *Antiedipo*, Deleuze y Guattari (1985) explican que la desterritorialización económica inaugurada por el capitalismo corre en paralelo con la desterritorialización psíquica del individuo. *Eliecer*, desde su interpretación de la violencia, puede explicarlo mejor con sus palabras:

Ya este peo de que nos matamos en los barrios para controlar vainas (territorio, drogas, etcetera) terminó papá, eso es de los *purés* [padres, abuelos], ya todos nos matamos contra todos sin ninguna causa, sino porque me vio mal y cosas así; lo que importa es tener ropa, carro, moto, eso es lo que te interesa, y que nadie te vaya joder para quitártelo también. Yo robo para buscar mi cana [carcel], ese es mi destino.

(*Eliecer* / 17 años / averiguación por robo a mano armada)

La incidencia de la globalización y el neoliberalismo ha acrecentado, justamente, una profunda individualización y privatización de la ideología del poder y del control social en el mismo socialismo. Como acota *Eliecer*, pueden percibirse nuevas fracturas en vínculos sociales, así como nuevos conflictos generadores (Bajoit, 2003). Una fragmentación cultural que configura individuos que van contracorriente con respecto a los mandatos del Estado socialista venezolano, es decir, con escasas interdependencias y semejanzas para disponer identidades colectivas nacionales (Grimson, 2011). Es en este sentido que debe entenderse la desterritorialización de la violencia en la ciudad de Caracas, en tanto, dependiente de la globalización de focos individuales de poderío y control social en las juventudes, y correspondientemente, nuevas conflictividades y violencias (Tavares-dos-Santos, 1999). Así, la conflictividad masculina juvenil y la consecutiva disociación social de víctimas y victimarios, ha significado para la ciudad una desterritorialización de los marcos de civilidad. En otras palabras, una imposición simbólica para deshacer el arraigo social y perpetuar la violencia homosocial varón-varón como esquema arbitrario de la vida colectiva. Un joven rapero del populoso barrio de Petare lo entiende desde su prosa callejera:

Yo soy de Petare,  
barrio de Pakistan [referencia global a la guerra]  
Aquí no se vive,  
aquí se sobrevive,  
A cada rato suenan los “blang, blang”,  
a un enemigo o un *convive* [amigo].  
Nadie tiene pandillas,  
ni bandas organizadas,  
cada quien porta su *bicha* [pistola],  
no le importa nada.  
Habla antes que se forme un drama,  
el mundo sabe,  
que violencia trae violencia,  
muchos por su orgullo.  
No miden las consecuencias,  
quieren matarme.  
Saben que sangre trae sangre,  
Pero prefieren ver llorando,  
a su madre.  
Tipos pendientes de mi *güebo* [pene],  
yo pendiente de una *cuca* [vagina],  
Ellos de matar gente,  
yo activo por las lucas [dinero].  
Sean serios pongansen a producir,  
que yo estoy vivo  
porque me sé conducir.

El Prieto, *Barrio de Pakistan* (2012)

*Barrio de Pakistan* destaca el desvinculamiento juvenil con los arraigos sociales, la desterritorialización de la violencia, la semejanza con una guerra lejana en el Medio Oriente. La letra de la canción destaca también como la trama social de Petare (y en extenso de Caracas) ha venido comprometiendo la subalternidad del varón en el amedrentamiento como relación mas-

culinizante, en el uso falico de armas de fuego y, sobre todo, en el “masculinicidio” como forma homosocial de adquirir una hombría dominante. En esta tonica, El *Archi* habla de un cambio generacional en la delincuencia de la ciudad y la visible transformación de códigos relacionales masculinos:

Investigador: ¿El peo es nada más de acá, del barrio?

El *Archi*: No vale chamo, tú estás es ido [fuera de lugar]... esto es ya algo de todo el mundo, toda Caracas está encendida pues...

Investigador: Coño yo no te entiendo, no me explicas...

El *Archi*: mira esto es una película de acción, tiros para allá y para acá, todo el tiempo activo, hay que *estar mosca* [atento]. Porque ya esto es una tierra de *chigüires* [jóvenes novatos, sin oficio delincuente, sin poder y control local de la violencia] no de tipos serios. Ahora no es como antes, que había que mantener un control y un respeto con la pistola, ahora la compras en la esquina sin respeto. Hay mucho chamo con pistolas que andan en una de chiguireo y con moto, todo el mundo roba a todo el mundo, a la señora que va pal abasto en La Vega [barrio popular de Caracas], ¿o que se yo? el ejecutivo del Este. Aquí no importan los demás, no hay respeto, es solo uno contra todos.

Investigador: Eso es muy diferente a lo que tú hacías...

El *Archi*: chamo yo soy un tipo serio, yo soy un tipo con ética. Yo no ando matando a nadie para robarle un piche celular. Eso es de chiguireos porque lo venden a 2.000 bolívares por la calle. Yo antes robaba bancos, yo lo hacía por dinero, había buena ganancia, era un trabajo organizado. Lo que pasa ahora es que los tipos andan *descamados* [frágiles] y buscando *chocar* [conflictuar], como si fueran una mujer ¿Sa-

bes lo que es una mujer con una pistola? Esa te suelta un tiro porque se enamora. Viven en una insultadera ladilla [fastidiosa], todo el día es esa mamagüevada [penetrándose], un carajo serio no se comporta así, respeta al amigo, a los suyos y a su gente. Así son los malandros ahora, enamorados uno del otro, enamorados de su culebra y no están ni cuadrando *culos* [mujeres].

El *Archi*, 35 años, ex ladrón de bancos

El *Archi* introduce también el tema de la transformación social de la masculinidad violenta desde la fragilización emocional y la ausencia de integración en la vida civil. Dicha mutación cultural supone el desmedro de códigos de respeto entre los jóvenes marginados de la ciudad, más aún en la desintegración personal que supone ser miembro de una banda delictiva. Sin embargo, se aclara que la idea del respeto sigue siendo valorada discursivamente y subjetivamente, pero no es llevada a la práctica como en las postrimerías de los años noventa. La nueva camada juvenil configura masculinidades subalternas que hablan de respeto pero no como el famoso personaje “Ramón Antonio” del film *Soy un delincuente* (De la Cerda, 1976), quien empujado por el contexto de pobreza se afirma personalmente como delincuente y, en el mismo movimiento, es estimado comunitariamente (en su territorio) porque organiza las relaciones sociales desde una violencia legítima. Las masculinidades de los jóvenes de nuestra investigación refieren, por el contrario, a un dialogo entre lo local y lo global más allá de la tradición territorial. Esto venía siendo señalado por Sánchez y Pedrazzini (1992) como un fenómeno emergente de la violencia juvenil en la década de los noventa. Pasadas dos décadas, se evi-

dencia con más claridad como la explosión de códigos de subversión halla sus andamios en una cultura viril que tiene por norte la imagen y la fama, una escalada social que forzosamente se vuelve destructiva, desorganizada y desinteresada en reconocimientos sociales y comunitarios (Fonseca, 1984). La búsqueda de la violencia bélica y la intimidación fálica en masculinidades subalternas, viene siendo una apreciación de los especialistas Sánchez y Pedrazzini (1992) desde la década de los noventa:

Las bandas juveniles recurren usualmente al uso de las armas. Su físico no se corresponde necesariamente con el de un atleta, o luchador. [...] Su poder y su fuerza se fundamentan entonces en la capacidad de manipular un arma, de usarla, de tener una limpia, no justamente en su potencial y prueba física. En este sentido creemos, que otros valores se están formando e imponiendo, en la medida que las condiciones de urgencia se agudizan. De la violencia física, se pasa a la violencia bélica. Las armas sustituyen el poder basado en el físico y su potencial. *El duro, se vuelve el más loco.* (pp. 164).

Con lo anterior, se busca un reacomodo conceptual sobre la conexión que tiene la violencia entre varones con el panorama conflictual de la ciudad. La ausencia de reconocimiento y respeto dentro de las relaciones interpersonales de estos jóvenes origina una demanda de autenticidad hiperindividualista. Así, la masculinidad subalterna se constituye en el imaginario subjetivo a través de códigos globalizados y de consumo desvinculados de sus arraigos sociales y territoriales en el barrio, ello en función de tomar impulso y ajustar el hándicap contra masculinidades organizadas y hege-

mónicas que atentan su virilidad. *Asdrubal* lo manifiesta de esta manera:

A mi me respetan porque me tienen es miedo porque soy es hampa, tengo mi ropa, zapatos a la moda, voy al cine con la jeva en el centro comercial, tengo mi Android, me falta aún para los estrenos de Diciembre, un chamo bien pavo convive. Yo mando mi pana, yo lo que soy es libre desde que salgo de mi casa. Yo robo afuera del barrio a la gente con plata, incluso zapatos porque me gusta el Basket, aunque a veces tambien he robado en Cotiza, por donde vivo y eso es medio *bole-ta* [descarado]. La verda des que cuando voy para allá no me quiere ni mi mamá, ni novia, en este barrio. Yo vivo *enconchado* [escondido] porque la gente pajua me tiene arrechera. Pero yo no le como mierda a nadie, yo sé que estan mis panitas, pero acá esto es un nido de ratas y se voltean a cada rato. Lo importante es que uno se une para la maldad con la banda, pero de bien que hay que estar solo.

(*Asdrubal* / 19 años / perteneciente a una banda delictiva)

Desde la reflexión de *Asdrubal* se pueden concebir herramientas para comprender como se relaciona la violencia de Caracas con la organización social de las masculinidades dentro de un contexto globalizado y disociado de la comunidad. Si bien la investigación estadística ha señalado una violencia letal conferida al sector urbano marginal, las lógicas sociales de la masculinidad han llevado la hostilidad y el conflicto fuera de estos márgenes socio-geográficos, destacando una simbología de antagonismo varón contra varón antes que una escisión entre un sector de la ciudad violento y otro sector no violento. Así pues, desde la “especta-

cularidad de lo letal” en los barrios de Caracas (véase: Briceño León et al, 2009), no pueden considerarse las complejidades históricas, socioculturales y globalizadas de un fenómeno de género que desarraiga la localidad de la violencia de la capital venezolana. Mírese con atención el discurso de Ulises y Ernesto, jóvenes de diferente clase social, enfrentados emocionalmente en la trama de violencia homosocial de Caracas.

Te voy a decir la verdad y no seas boleta... Yo lo quebré porque me reviró [mirada acusosa], a mi nadie me mira mal pues, menos ese *mamaguevo* [homosexual] con billete. Él quería que yo lo jodiera, y le dí lo suyo. Si yo le pedí el *Iphone* él me lo da, además que él tiene billete pero no es serio, él puede comprarse otro y yo no. Yo tengo la nueve [pistola y símbolo falico] y él no.

(*Ulises* / 21 años / averiguación por homicidio)

¡A esos carajos hay que matarlos chamo! le tengo arrechera [odio, resentimiento] a ese montón de *güebones* [idiotas] en moto y con su parrillero empistolado. Caracas es una ciudad peligrosa por tanto loco, malandro y motorizado buscando someter a las personas, robando las, matandolas. Demasiado delincuente, estan todos sueltos. Le envidian a uno la jeva [novia], la ropa, la pinta, todo chamo... Es más yo si veo a uno con mis amigos y tengo el *chance* [oportunidad], lo muelo a *coñazos* [golpes] para que dejen la *ladilla* [molestia].

(*Ernesto* / 22 años / averiguación por daños a la vía pública y estudiante niversitario)

El mismo tema fálico está presente en ambos jóvenes de distinta clase social, pero uno se encuentra apropiado de los capitales simbólicos de una masculinidad deseada y el otro no. Así pues, en Caracas, como ciudad conectada en lo internacional, no puede desestimarse el auge de una nueva violencia concomitante a masculinidades producidas por la mundialización de la vida social. Así también, la globalización y la sucesiva desterritorialización de los jóvenes violentos comprenden homogenizaciones de la vivencia en el campo internacional. Mientras, es posible reconocer y equiparar las masculinidades en juego en la situación interpersonal de los varones de Caracas, la guerra de carteles en Ciudad Juárez, la pugna de narcotraficantes en las favelas de Rio. Estas organizaciones sociales son parte de una trama global de odio (García Canclini, 2007), una correspondencia evidente que encuentra se raíz en la realización violenta (y letal) de imaginarios masculinos desbocados.

## Conclusión: la masculinización de la violencia

La idea antropológica de desterritorialización, describe los problemas relacionados con la pérdida de los vínculos con la memoria social y con la incapacidad simbólica de generar un orden cultural. El conflicto de las masculinidades aquí estudiado es el sostén de dicha ausencia normativa y contrariedad relacional, lo que además ha supuesto un gravamen en la identificación entre actores de la sociedad. Esta hostilidad, dominada por la frustración y la falta de integración, encuentra su racionalidad en la interminable cadena de venganzas y emociones encontradas de las consecuentes violencias masculinas. Si se piensa en Fanon (1969), dicha violencia funciona entre hombres subalternos como terapia social y un proyecto para liberarse de la opresión de los varones hegemónicos. El autoestima masculino busca restablecerse y afianzarse sobre la autoestimación del otro (Mitscherlich, 1969).

Pero la violencia homosocial en la socialización masculina de Caracas no está justificada como defensa y como justicia social. Se manifiesta como desborde emocional del sí mismo y en la incapacidad de reconocer la hombría de otro masculino. Dicha violencia afectiva deriva en el violentismo, en el desnudo de la fuerza física y armada y en una sistema de odio. De cualquier forma, la subestimación social de los varones jóvenes excluidos, se transforma en el aliento para la destrucción de otro hombre sin ningún impedimento moral. Por ende, la violencia homosocial es una mecánica sin conflictividad central, siendo difusa y peligrosamente extensiva.

Lo particular de este proceso en Venezuela, y en preciso en las grandes ciudades como Caracas, es que se encuentra facultado en la construcción y orientación del género masculino. La conflictividad social expandida desde la trama de violencia homosocial invita a pensar en el quiebre de la ciudadanía de sexo masculino. El derecho a vivir de los varones en la ciudad

se encuentra desamparado. Salir a la calle constituye un miedo para muchos a razón de convertirse en víctima, situación que ha redefinido la hombría en relación con los semejantes, con el poder y con el espacio ciudadano. Además, el fenómeno global impacta esta cultura masculina, prevaleciendo los criterios individualistas de control social, muy valorados por los varones para expresarse con carácter masculino. La globalización ha permitido la masificación (aumento) y la individualización como asuntos que juegan, evolucionan y actúan para dar este matiz especial a la violencia masculina de la ciudad de Caracas.

La trama de antagonismo y competitividad entre varones puede comprenderse, así, entendiendo el desapego social y personal que habilita la agresión y falta de reconocimiento del otro. Esta característica de la violencia venezolana la sitúa como un fenómeno de desintegración personal y narcisismo de la imagen masculina, construido desde el relacionamiento intra-género y estructurado por cierto sentimiento fatalista de no pertenencia al terreno social. En medio de este desconcierto, el conflicto social en Caracas ha ganado terreno desde la *masculinización de la violencia*. En la crudeza de este fenómeno, que empíricamente depende de juventudes incapaces de controlar su devenir y sin medios apropiados para integrarse, cabe la pregunta sobre la posible movilización de los límites morales de la sociedad. Ello pone en entredicho la imagen de la violencia en Caracas como fenómeno endógeno e incluso insular de los sectores pobres y más desfavorecidos del socialismo. Así, la presente reflexión invita a considerar las presiones actuales de los jóvenes varones excluidos y considerar la insurgencia de un nuevo patrón de virilidad dentro del pacto social en Venezuela.



## Referencias Bibliográficas

- Agar, M. (1980). *The Professional Stranger: An Informal Introduction to Ethnography*. New York: Academic Press.
- Bajoit, G. (2003). *Le changement social. Approche sociologique des sociétés occidentales contemporaines*. Paris: Armand Colin.
- Basoli, L. (2010). *Caracas, la sucursal del cielo*, documental fotográfico en línea en <http://lurdesbasoli.com/> [consultado 28/04/2014]
- Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (2001). Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica. En P. Bourdieu, & J. C. Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Madrid: Popular, 15-85.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Briceño León, R. (2002). *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Briceño-León, R. (2007). *Sociología de la violencia en América Latina*. FLACSO: Quito.
- Briceño-León, R. et al (2009). *Inseguridad y violencia en Venezuela*. Editorial Alfa: Caracas
- Brickell, C. (1986). The sociological construction of gender and sexuality. *The Sociological Review*, 54, 87-113.
- Castel, R. (2004). *Las metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- Castillo, A. (1997). *Menores transgresores: en búsqueda de adaptación social*. UCV: Caracas.
- Connell, R. (1987). *Gender and Power*. London: Polity Press.
- Connell, R. (2009). Globalización, género y masculinidades. Las corporaciones transnacionales y la producción de productores. En CEDEM, V *Encuentro de estudios de masculinidades. Masculinidades y globalización: trabajo y vida privada, familias y sexualidades*, Santiago de Chile.
- Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal (2014). *Listado de las 50 ciudades más violentas del mundo*. México: Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal.
- De la Cerda, C. (1976). *Soy un delincuente*. Proyecto 13/Blancica, 112 min (proyección de cine).
- Deluze, G. y Guatari, F. (1985). *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Dubet, F. (1987). *La Galere: jeunes en survie*. Paris: Points Actuels.
- Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. Paris: Seuil.
- El Prieto (2002). *Barrio de Pakistan* (Vidéo musical). Petare: FlowMafia.
- Fanon, F. (1969). *Los condenados de la tierra*. Mexico D.F. : FCE.
- Fonseca, C. (1984). "La violence et la rumeur. Code de l'honneur dans un bidonville brésilien". *Les Temps Modernes*, N° 455
- Gabaldón, L. (2008). *Seguridad ciudadana y políticas públicas en Venezuela*. Caracas: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. Paidós: México D.F.
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- García Canclini, N. (2007). Odios globalizados. En M. Cruz (coord.), *Odio, violencia, emancipación*, Barcelona: Gedisa.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*, Gedisa: Barcelona.
- Glaser, B. y A. Strauss (1967). *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.

- Giddens, A. (2007). *Un mundo desbocado, los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México: Taurus.
- Gilmore, D. (1990). *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Heaven: Yale University Press.
- Godelier, M. (1986). *La production des grands hommes: pouvoir et domination masculine chez les Baruya de Nouvelle-Guinée*. Paris: Fayard.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- INE (2010). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Seguridad Ciudadana 2009*. Caracas: Instituto Nacional de Estadística (INE).
- Mitscherlich, A. (1969). "Educar en la razón crítica". En Häslér, A, *El odio en el mundo actual*. Madrid: Alianza.
- Messerschmidt, J. (1993). *Masculinities and crime*. Maryland: Rowman and Littlefield Publishers.
- Moncrieff, H. (2014a). "Buscando una salida". *Los márgenes del socialismo* (documental fotográfico). México: Departamento de Medios Audiovisuales/Escuela Nacional de Antropología e Historia, serie de 10 fotografías.
- Moncrieff, H. (2014b). "La hombría del cuerpo. Masculinidad y respeto desde los gimnasios callejeros de Caracas". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer* (43), Julio-Dic, Vol. 19, pp. 161-188.
- Moreno, A. (2011). Investigando sobre violencia delincuencia en Venezuela. *Revista IIPSI*, 14 (2), 271-276.
- Pitt-Rivers, J. (1979). *Antropología del honor o política de los sexos. Ensayos de antropología mediterránea*. Barcelona: Crítica.
- Sánchez, M. & Y. Pedrazzini (1992). *Malandros, bandas y niños de la calle: cultura de urgencia en las metrópolis latinoamericanas*. Caracas: Vadell Hermanos.
- Santon, M. (1999). Vergüenza y conflicto en grupos pandilleros de un barrio popular de Lima. En A. Panfichi y M. Valcarcel (eds.) *Juventud: Sociedad y Cultura*. Lima: Red Para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Tavares-Dos-Santos, J. V. (1999). Por una sociología da conflictualidad no tempo da globalização. En: *Violências no tempo de globalização*. Sao Paulo: Editorora Hucitec.
- Therborn, G. (2001), "Globalização e desigualdade: questões de conceituação e de esclarecimento". *SOCIOLOGIAS*. Porto Alegre, PPG-Sociologia do IFCHda UFRGS, ano 3, nº 6, jul/dez 2001, p. 122-169.
- Valdés, X. (2009). "Dentro de la torre de cristal: la construcción de las masculinidades en el mundo del capital financiero", en CEDEM, *V Encuentro de estudios de masculinidades. Masculinidades y globalización: trabajo y vida privada, familias y sexualidades*, Santiago de Chile.
- Valenzuela, J. M. (2002). Culturas juveniles, identidades transitorias. En H. Cubides, et al (eds.) "Viviendo a toda" *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Vidal, D. (1999). Le respect: categorie du social, categorie du politique dans une favela de Recife. *Cultures et conflicts* (35), 95-124.
- Widow, C. (1989). The Cycle of Violence. *Science* (244), 160-166.
- Zubillaga, V. (2007). Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de violenta de barrios de Caracas. *Espacio Abierto*, 16 (3), 577-608.
- Zubillaga, V. (2008). La culebra: una mirada etnográfica a la trama de antagonismo masculino entre jóvenes de vida violenta en Caracas. *Akademos*, 10 (1), 179-207.
- Zubillaga, V. y R. Briceño-León (2001). Exclusión, masculinidad y respeto. Algunas claves para entender la violencia entre adolescente en barrios. *Nueva Sociedad* (173), 34-48.